

¿Invasión religiosa extranjera?

OTTO MADURO

Si el ecumenismo merece apoyo decidido, las “invasiones” de no sé cuántos grupos y grupúsculos —con apoyo logístico desmesurado y a veces sospechoso— suscitan reservas y desconfianza. Así como una denuncia franca cuando intenta retrotraer al fanatismo, la alienación y el colonialismo.

Mons. Ovidio Pérez Morales

El padre Montes de Oca, que es un santo, un santo muy bravo, ha dicho muchas veces que vendrán los protestantes, esos mormones yanquis, a cogerse el pueblo para ellos, a cambiarnos el alma, la ropa y hasta el habla, que llegarán por las rendijas de nuestra pereza, de nuestra debilidad y de nuestra corrupción.

Guillermo Morón, “No se puede pelear en la víspera”.

1. ¿QUE ES LO QUE PASA AQUI?

Hace algunos años me preocupa el proselitismo sistemático y creciente de un número cada vez mayor de grupos religiosos extranjeros en Venezuela. Mormones, Hijos de Dios, Testigos de Jehová, Ciencia Cristiana, Cientología, Misión de la Luz Divina, Asociación de la Conciencia de Krisma, Iglesia de la Unificación, Metafísica de Conny Méndez, Meditación Trascendental, Niños de Dios, Nuevas Tribus y otra buena docena, al menos, de grupos religiosos extranjeros han hecho acto de presencia, sobre todo en los últimos diez años, en la escena religiosa venezolana. Generalmente iniciados por ‘misioneros’ norteamericanos, contando con un respaldo propagandístico y financiero fabuloso, con la vista gorda de las autoridades de inmigración y con el silencio absorto del clero católico y de muchos otros sectores importantes de la vida nacional, estos grupos se han dedicado a captar adeptos en todos los sectores de nuestra sociedad. Y lo han logrado. Cada día aumenta el número y la proporción de venezolanos —formalmente católicos— que abandonan su indiferencia religiosa para incorporarse sonrientes, militantes y hermanados en una nueva fe, a alguno de estos grupos religiosos recién llegados. Hace diez años los venezolanos no católicos no pasaban, probablemente, de doscientos mil... hoy es bastante verosímil que pasen del millón, es decir, bastante más del 5 por ciento de los venezolanos.

En el propio ámbito de las iglesias protestantes, y precisamente en aquellas más abiertas al diálogo liberador con los católicos, estos hechos también preocupan y provocan denuncias... denuncias

que, a menudo, han traído dolorosas consecuencias para muchos de nuestros hermanos evangélicos angustiados por esta invasión.

2. ¿POR QUE PREOCUPARSE?

Lo que a mí me preocupa de estos hechos no es el que una fe cómoda y anodina, hecha de costumbres y de imposiciones, venga a ser sustituida ahora por una fe activa, hecha de decisiones y conflictos. Tampoco el que ello quebrante la falsa paz y el autoritarismo ciego de muchas familias acomodadas de nuestra sociedad. Ni el que las finanzas de la Iglesia vean mermadas ciertas contribuciones del extranjero o de algunos potentados criollos. Ni siquiera puedo decir que me preocupan tales hechos por la tácita complacencia que van ganando esos grupos religiosos en ciertas autoridades de nuestra política nacional, a la par que se quebranta la tradicional colusión entre la iglesia y el estado venezolano. Es más, si algo positivo tiene la acción de muchos de estos grupos, ello está precisamente en que han contribuido a sacudirnos a algunos “de nuestra pereza, de nuestra debilidad y de nuestra corrupción”, a reintroducir en parte de nuestra juventud un idealismo que la ‘Venezuela saudita’ ha carcomido con el billete y el consumismo, a cuestionar los viejos esquemas de la autoridad eclesiástica y familiar, a desmoronar la confianza que muchos de nuestros clérigos se habían acostumbrado a poner en el dinero y en los poderosos de este mundo, a desvelar el carácter frágil e interesado —manipulador— del apoyo multinacional y estatal a nuestra Iglesia Católica, y a brindarle a muchos venezolanos una salida distinta a la del lento suicidio del alcohol, de las drogas o de la desesperación.

3. MI PAIS ¿ESTA FELIZ?

A mí me preocupa esta invasión religiosa extranjera desde 3 puntos de vista estrechamente ligados entre sí: desde mi fe católica, desde la opción por los pobres a la que nos llama el Evangelio y desde mi condición de venezolano.

a) Como católico, pura y simplemente, esta situación me induce a pensar que algo anda mal en la manera como los católicos venezolanos vivimos nuestra fe. En efecto, es demasiado fácil ‘echarle la culpa’ a los mismos grupos religiosos recién venidos del éxito que han tenido. Es demasiado fácil, también cruzarse de brazos —en una especie de ecumenismo vacío y contemplativo—, sin prestar atención a los graves problemas y a los serios desafíos que representa la progresiva expansión de los nuevos movimientos religiosos. Dejamos de lado estas actitudes fáciles ante el problema y preguntémosnos más bien ¿qué es lo que anda mal en la manera como los católicos venezolanos vivimos nuestra fe? Porque si tantas personas —cada vez más— abandonan la Iglesia Católica —a la que quizás nunca pertenecieron realmente— y se convirtieron presurosos a las nuevas religiones, tiene que ser que algo falta y algo molesta en el catolicismo venezolano, algo que facilita el dejar de ser católico con la esperanza de encontrar en otra religión lo que nuestra Iglesia no sabe proporcionar hoy. Como dice el P. Juan Miguel Ganuza, S.J. —uno de los escasísimos clérigos venezolanos que junto con Mons. Ovidio Pérez Morales y el P. Jacinto Ayerra, S.J., se ha tomado en serio esta invasión— ‘las sectas nos enseñan la amarga lección de que hay demasiadas cosas que deben cambiar en nuestras iglesias, en nuestras familias, en nuestros métodos pastorales y catequéticos’(1).

b) Desde la opción por los pobres a la que nos llama el Evangelio, el Concilio Vaticano II y las conclusiones de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla, también me angustia gravemente esta situación. Son muchos —demasiados— los católicos que piensan que ‘cualquier religión es buena, siempre que sea religión’ y olvidan que seremos juzgados (Mateo 25, 31-46) no por nuestras palabras ni por nuestros ritos, sino por nuestra entrega al servicio de los oprimidos. No he-



mos sido —ni con mucho— suficientemente fieles al llamado de Cristo pobre a servirle a los pobres; hemos puesto —demasiado a menudo— nuestra confianza en el dinero y en los adinerados: ¿no estará allí buena parte de la razón porque la que mucha gente de los barrios y pueblos de Venezuela se sienten abandonados por la Iglesia y acuden en éxodo masivo a engrosar las filas de las nuevas sectas? ¿No será que perciben a la Iglesia Católica como muy cercana a los patrones, todavía, y muy alejada de las esperanzas de los necesitados? Pero, desgraciadamente, las nuevas sectas no contribuyen en nada a la liberación de los oprimidos de nuestra Patria. Muy por el contrario, cambiándoles “el alma, la ropa y hasta el habla”, sustituyen el alcohol —esa droga que sirve para aliviar el hambre y olvidar la miseria— por la promesa del nirvana individual o de la victoria en la cada vez más lejana batalla de Armagedón. “Las sectas alejan también generalmente del compromiso en la lucha por la justicia (...) por que aislan a sus adeptos ‘en su corralito’, en su isla” (2): **Dividen al pueblo y crean conflictos artificiales en su seno, le hacen olvidar la necesaria y posible lucha contra la opresión y lo domestican en un individualismo sumiso y espiritualista.**

c) Como venezolano, en fin, me inquieta este auge de las nuevas sectas. Somos una sociedad en germen, frágil y fractu-

rada, bombardeada constantemente por elementos culturales extraños y opresivos (principalmente provenientes de los EE.UU. a través de los medios masivos de comunicación), cada vez menos conscientes de nuestras raíces y de nuestra herencia, ignorante de nuestra historia y de nuestra geografía, paciente de una destrucción constante de nuestra ecología y de nuestra cultura, sometida a un consumismo inducido que facilita tal destrucción, incapaz —en fin— de asumir consciente, colectiva y críticamente las riendas de nuestro destino en nuestras propias manos, precisamente por carecer de una honda y común **identidad latinoamericana y nacional.** El catolicismo, con todo su vergonzoso pasado conquistador, colonialista y conservador, pero —sobre todo— con toda la potencialidad liberadora del Evangelio, expresada en Latinoamérica desde Bartolomé de las Casas hasta Mons. Oscar Arnulfo Romero, forma parte indisoluble del proyecto de identidad venezolana y latinoamericana. Las nuevas sectas, cargadas de una marcada influencia extranjera —casi siempre norteamericana—, dirigidas, por misioneros extranjeros, financiados por organizaciones extranjeras, cumpliendo a menudo —como las Nuevas Tribus— funciones estratégicas secretas para compañías extranjeras, y efectuando un proselitismo militante entre los venezolanos —minando así la ya frágil y superficial, pero real unidad religio-

sa del pueblo venezolano, no pueden sino contribuir a debilitar el precario proyecto de identidad latinoamericana y venezolana. En tal sentido, querámoslo o no, las nuevas sectas son eficaces agentes de “la alienación y el colonialismo” y merecen —desde una perspectiva católica inspirada en Medellín y Puebla— una triple “denuncia franca”: por anticatólicos, antipopulares y antipatrióticos.

4. ¿POR QUE, PUES, LA TOLERANCIA Y EL SILENCIO?

Hace años, un cierto ‘Informe Rockefeller’ denunciaba el peligro que representaba la Iglesia Católica para los intereses norteamericanos en Latinoamérica. Desde entonces, hace unos buenos diez años, la política religiosa norteamericana para Latinoamérica se ha caracterizado por canalizar fondos y otros recursos hacia (1o.) Nuevas religiones de marcada fidelidad a la política exterior norteamericana y (2o.) Los sectores más conservadores del catolicismo y del protestantismo Latinoamericanos. ‘Divide y vencerás’, pareciera ser la divisa religiosa de la nueva política exterior norteamericana. Tal política parece haber tenido eco favorable en ciertas élites, incluso religiosas, de nuestro país. El caso más elocuente, en este sentido, quizás sea el de las Nuevas Tribus; una organización pretendidamente protestante, dedicada a ‘convertir’ indígenas venezolanos al tiempo de hacer investigaciones en minería en el Amazonas, y que, pese a haber sido denunciada por oficiales del Ejército, congresantes, políticos, cineastas, pastores evangélicos y otras personas, no suscitó otra reacción que el silencio por parte del gobierno nacional y la jerarquía eclesiástica católica venezolana. ¿Por qué esa complicidad, esa tolerancia, ese silencio de tantos sectores influyentes en nuestra nación? Yo pienso que las razones varían de un sector a otro. La complicidad de las autoridades norteamericanas obedece, obviamente, a la creciente desconfianza del Departamento de Estado de los E.U.A. hacia la Iglesia Católica latinoamericana, y a la convicción de que la multiplicación de sectas religiosas norteamericanas en Latinoamérica contribuirá —a la corta o a la larga— a afianzar los intereses de las multinacionales en nuestro continente. La tolerancia de las autoridades venezolanas, de Fedecámaras, de A.D. y de Copei obedece, al menos en gran parte, a la sospecha —confirmada por los hechos— de que el poder político y económico establecido no tiene nada que perder permitiendo la multiplicación de ta-

les sectas y el consiguiente debilitamiento de la Iglesia Católica; al contrario, un pueblo dividido religiosamente, y con parte del mismo con los ojos puestos en Krisma o en Armagedón, es un pueblo más fácil de gobernar y de explotar, máxime si la Iglesia histórica de ese pueblo — la católica— se muestra cada vez más reacia a bendecir las acciones de los poderosos de este mundo. El silencio, en fin, de la Iglesia Católica venezolana obedece, quizás, a la confusión y a la costumbre: confusión entre el ecumenismo y el refrán liberal de 'dejar hacer y dejar pasar', confusión entre fe cristiana (esperanza activa en el Reino de Dios) y mera religiosidad (referencia intelectual, ritual y 'moral' a la trascendencia), costumbre de aceptar lo que es aceptado por los poderosos, costumbre de confiar pasivamente en que la Iglesia triunfará, costumbre de no autocriticarse y auto-transformarse, costumbre de defender todo lo que la izquierda denuncia. Triste confusión y mala costumbre.

5. ¿QUE HACER, ENTONCES?

Estoy convencido de que sólo desde la triple perspectiva enunciada es posible comprender, denunciar y enfrentar correctamente este problema. No creo que sea posible abordar correctamente el problema —como pretenden hacerlo algunos católicos— desde un 'catolicismo' aislado de la opción por los pobres y abstraído de la situación concreta que vive Venezuela en Latinoamérica dependiente y superexplotada de hoy día: una tal posición a lo más que puede llevar es a un nuevo espíritu de cruzada, de salvar la Iglesia institucional tal cual es, sin examinar sus compromisos, sin cuestionar sus solidaridades actuales, sin conversión a la buena nueva de la liberación de los oprimidos, combatiendo los efectos sin atacar las causas; en el peor de los casos, un tal 'catolicismo' abstracto puede llevar a colaborar con la invasión, la división del pueblo y la destrucción de nuestra identidad bajo el estandarte de 'la religión (cualquiera que ella sea) ante todo'. Tampoco creo que sea posible afrontar acertadamente el problema — como lo han intentado algunos intelectuales de izquierda— desde una opción por la liberación de los oprimidos negadora del catolicismo histórico de nuestro pueblo y negligente del proyecto de identidad nacional que ha venido emergiendo en Venezuela en los últimos años: tal posición, en el mejor de los casos, llevará a un combate elitico contra la penetración religiosa extranjera, incapaz de aglutinar en torno suyo al

propio pueblo que se pretende defender —precisamente por desconocer su identidad religiosa y su especificidad nacional— y, por ende, incapaz de alcanzar los objetivos propuestos. Aún menos creo que sea posible tratar válidamente la cuestión desde un nacionalismo abstracto, sin opción por los pobres y sin reconocimiento del catolicismo histórico de los oprimidos: esta última opción conduciría a una suerte de nazismo, capaz quizás de expulsar a las sectas extranjeras por la fuerza, pero que dejaría sin solución alguna los graves problemas que han llevado a parte de nuestra gente a buscar la salvación en los nuevos movimientos religiosos.

No tengo la respuesta al problema. Sin embargo, creo que se impone una profunda autocrítica del catolicismo venezolano actual. Autocrítica que tiene que partir de una humilde opción por la liberación de los explotados para avanzar hacia un rompimiento con los poderosos de este mundo, hasta alcanzar la lucidez de una conversión al Evangelio, a la buena nueva de la redención de los cautivos. Una autocrítica que tiene que osar hacer la crítica del autoritarismo, del clericalismo, del triunfalismo eclesástico, del cesaropapismo, del constantinismo, y de todos los 'ismos' que implican negación de la persona humana, de la solidaridad de los hijos del mismo Padre y de la libertad creadora que surge en el conflicto y en la lucha por comenzar desde aquí y desde ahora la construcción del Reino de Dios.

Pero no basta. Creo que esa autocrítica tiene que ir acompañada de una investigación sólida de todos esos "gru-

pos y grupúsculos —con apoyo logístico desmesurado y a veces sospechoso— que con razón "suscitan reservas y desconfianza" en muchos de nosotros. Y, a la par, la autocrítica y la investigación tienen que alimentar una "denuncia franca" de todos estos grupos que nos tratan de "retrotraer al fanatismo", la alienación y el colonialismo" (3).

No es ni en la imposición de nuestros puntos de vista tradicionales, ni en la tolerancia de la opresión de nuestro pueblo, que puede construirse el camino, la verdad y la vida. No. El camino de nuestra Iglesia, la verdad de Jesús y la vida de nuestro pueblo (re)nacerán de la opción evangélica activa y decidida por los pobres de Cristo en nuestra Venezuela de hoy. Es en medio de tal opción, y sólo allí, que un ecumenismo liberador y concreto puede adquirir su pleno sentido. Es en medio de tal opción que podremos discernir quiénes son los buenos samaritanos y quiénes los lobos vestidos con piel de oveja.

NOTAS

1) J.M.GANUZA, S.J.: *Las sectas nos invaden*, Caracas, Ediciones Paulina, 1978, p.128 (subrayado mío). Cf. el interesante estudio del P. Jacinto AYERRA, S.J.: *Los protestantes en Venezuela. Quiénes son. Qué hacen*, Caracas, Ediciones Trópode, 1980, 302 pp.

2) *Ibid.* p.127.

3) Los textos entre comillas dobles, sin referencia a pie de página han sido entresacados los dos epígrafes de este artículo. Cf. Ovidio PEREZ MORALES: "Ecumenismo e invasión", en *El Nacional* (Caracas), 26-10-80, p.1-4, y Guillermo MORON: *Historia de Francisco y otras maravillas*, Caracas, *El Diario de Caracas* (Libros de Hoy, No.51), 1980, p.9 (los subrayados son míos).

